

Domènec Guansé

Baroja, Azorín y el final de una generación



PARA Pío Baroja no ha existido nunca la generación llamada del 98. Los escritores agrupados bajo esta denominación, repite, no tienen nada en común. A Baroja le gusta sorprender. A menudo sus sorpresas entrañan una verdad deslumbrante. Uno se dice. «¡Pues, hombre, tiene razón don Pío!» Pero en este caso su negación no entraña verdad ni apenas sorpresa. Baroja es de los españoles que no se casan con nadie, válganos por lo exacta, lo plebeyo de la expresión. Al fin y al cabo, un vasco. De las tierras hispánicas, los vascos son los menos que «se casan». Semejante a él, Unamuno. Son únicos. Negar que han formado una generación es, para Baroja, una manera más de demostrar su huraña independencia. Una manera casi desesperada. ¿Quién es, en nuestros tiempos, independiente por completo...? Nos lo imaginamos en su soledad: la

boina calada, arrebujuadas las piernas en una manta, corrigiendo sus obras, escribiendo sus memorias, vigilando la frase. Sí, vigilándola, más que por amor a la gramática, por temor a la censura. Nos lo explica él mismo en unas declaraciones publicadas en «Nouvelles littéraires». Y añade con un suspiro: «¡Menos mal que algunas de mis obras han sido traducidas!»

La gimnasia de capear la censura no es ejercicio nuevo en España ni en Europa. Según los tiempos, según los países, escritores y pensadores han tenido a menudo que recurrir a las más diversas máscaras para expresarse. A menudo el claroscuro ha complicado enormemente los estilos. Y los ha enriquecido también. América lleva la ventaja sobre Europa de que su pensamiento no ha tenido casi nunca que enmascararse. ¿Será esto, en definitiva, una ventaja...? Para la salud moral, no lo dudemos. Pero no siempre la facilidad es ventaja. Entre escollos, tropezones y cárceles se aguza el ingenio. El uso de las máscaras llegó a ser divertido durante la idílica dictadura de Primo de Rivera. Todavía la añoran algunos escritores sutiles. Le deben sus mejores triunfos. A veces las máscaras eran más elocuentes para los lectores que el rostro verdadero, con la ventaja de los guiños, de las muecas burlonas. Sólo para los censores resultaban herméticas. Claro que ahora no sirven tales tretas. Las cosas se han puesto serias. Y lo peor, para Pío Baroja, es que no le gustan las máscaras. Siempre se ha dedicado a

arrancarlas. A veces ha confundido una barba auténtica con una máscara. Y el tirón ha resultado doloroso.

¿Pero existe o no la generación del 98...? Las razones expuestas por Baroja para negarlo resultan, paradójicamente, afirmativas. ¿Que no tenían nada en común los hombres que la formaban...? ¿Que algunos apenas se conocieron...? ¿Que otros, insolentes, peleaban como don Ramón y don Miguel...? ¡Perfectamente! Nunca los escritores que han formado una generación más o menos compacta se han puesto previamente de acuerdo. No han dicho nunca como los personajes del melodrama famoso: «Ahora vamos a empezar la guerra de treinta años». Se lo podrán haber propuesto los que forman una capillita. Hecho sin importancia. Una generación es algo más grave. La del 98 era formada por hombres independientes. Como queda dicho, hombres que no se casaban con nadie. Ni entre sí. ¿Y no constituye esto un rasgo común...? Y no es el rasgo más importante, con serlo mucho. Lo más importante en ellos con relación al pasado inmediato, es la actitud, el estilo. Ciertamente que sus estilos son enormemente diferentes unos de otros; pero es por el estilo que dan esencialmente un vuelco a la literatura castellana. Contra lo que acaecía anteriormente, el estilo les preocupa de una manera esencial. La preocupación es visible en Azorín, con su precisión metódica, en cuyas frases nunca sobra nada, aunque quizá falte algo: un estremecimiento, un fuego interior. Lo es en Unamuno: ¿qué autor de las generaciones an-

teriores se hubiera podido entregar a sus famosos juegos filológicos...? ¿Quién mejor en la literatura castellana moderna ha descubierto el secreto de la verdadera prosa poética...? Y en Valle-Inclán [no digamos! Preciosista y d'anunciano en las «Sonatas», burlesco y seco en los esperpentos —esqueletos adornados de joyeles—, el estilo lo es todo. ¿También preocupa tanto a Baroja, cuyas riñas con la gramática son más que un síntoma de desprecio un evidente martirio...? ¡También! Baroja es de los escritores que comprenden mejor que un exceso de preocupaciones estéticas, ahoga el espíritu de un escritor. Por esto desdeña tanto a un Valle-Inclán y a un Gabriel Miró. El esfuerzo de Baroja consiste en crearse un estilo en el que pueda decirse todo. Tan antípoda, en esto, de un Valle-Inclán como de un Galdós. El estilo de Baroja es la capa que se conforma plenamente al cuerpo. Y su finalidad no es expresar la belleza, sino captar la realidad. Para él la realidad, en literatura, es lo importante; la belleza, lo aburrido.

Hay, claro está, muchas maneras de escribir. Una de ellas es considerar las palabras redomitas vacías, y llenarlas de melancolía, de dolor, de crueldad, de risas... Valen entonces las palabras más que por su significado en sí, por las intenciones que mueven al autor y las carga de intensidad. Y en este intento coinciden todos los escritores representativos de la generación del 98. Sobre todo, se propusieron que sus frases no sonaran nunca a hueco. Fué su mayor mérito, des-

pués de unas generaciones que no brillaron ni por el estilo ni por la intensidad.

Es difícil, sin duda, discernir quienes pertenecen o no a una generación y la representan. Pues no se trata de una fecha, sino de algo más enjundioso. Baroja cita a Ortega y a Benavente entre los del 98. Es dudoso que pueda admitirse. Ortega, que llegó un poco más tarde, constituye un caso diferente. No se pueda hablar de una generación de Ortega. Debe hablarse de Ortega y su epígonos o sus discípulos. En cuanto a Benavente...

Benavente impuso un cambio en la escena española. Pero este cambio no tiene una relación adecuada con el vuelco total producido en la literatura por la generación del 98. El cambio adecuado se insinúa en Valle-Inclán con sus *Esperpentos*, aunque acaso le faltó vitalidad o le falló el ambiente. Además, Baroja acusa a Azorín de versátil. Podrá haberlo sido en política, hecho sin importancia para el caso, ya que otro de los rasgos de la susodicha generación era el de tomarse la política con desgano. El mismo Baroja... ¿Puede darse veleidad mayor que la de su lerrouxismo...? ¡El más sincero de los escritores, partidario del mascarón político más pintoresco de las Españas! Para ellos lo importante era la literatura. Y las veleidades literarias de Azorín son escasas; sus ensayos de teatro, sus elogios de compromiso... En conjunto, su obra es coherente. El verdadero veleidoso de la literatura, y con veleidad muy femenina, ha sido Benavente. Benavente

es un cronista amable, metido entre bambalinas, y la mayoría de sus obras, pura bambalina, juego de baterías, brillo fugaz de lentejuelas. Se recuerdan de su teatro, algunos peleles simpáticos, como los de la farsa italiana de «Los intereses creados»; pero nunca un carácter, un personaje. En último termino, caracteres, personajes, hay que buscarlos en las obras que a penas parecen de Benavente: «Señora Ama», «La Malquerida». Benavente es moralista incisivo, pero sin moral. No lo decimos por el hombre, claro, sino por la obra. Una moral implica estar con Dios o con el diablo. Benavente se escurre entre luces de bengala y otros fuegos de artificio que se apagan sin dejar signos ni señales.

En las figuras más representativas de la generación del 98 hay una voluntad de trascender. Si para ellos la literatura es algo muy importante es, precisamente, por no quedar todo en literatura. Se trata de una generación esencialmente crítica, nacida, como las yedras, en los desastres y ruinas de España. Si nos han mostrado, a veces, una España hueca y dislocada, grotesca a lo goyesco, nos han hecho sentir también su realidad más profunda. Hicieron, sobre todo, que la literatura castellana volviera a ser estilo y pensamiento.

Esta generación hubiera podido ser para España algo semejante a lo que fué el Resurgimiento en Cataluña con Verdaguer y su coro Olímpico; semejanza aun no estudiada y que acaso aquí no interesara. Lo cierto es que han dejado un surco profundo, aunque la

simiente no haya fructificado completamente en el surco. Hoy es más recuerdo que vigencia. Pero lo cierto es también que a pesar de los fenómenos literarios producidos en España, después que el toque mágico de Rubén cambió de raíz la lírica en todos los ámbitos del idioma, ninguna de las generaciones sucesivas ha marcado una línea divisoria tan profunda, ninguna ha removido y escarbado tan profundamente en el suelo de España.

La generación del 98 marcha hacia lo ineluctable. Baroja, encerrado y friolero, afirma que le queda cuerda para poco, y desearíamos que se equivocara. Azorín declara que ya no escribirá más porque escribir es un arte demasiado difícil. Desearíamos asimismo que no cumpliera la promesa. Pero ¡cómo la discreción engrandece siempre al discreto Azorín! Sus declaraciones han conmovido a los escritores de habla hispana. Me imagino que en Chile habrán conmovido especialmente a Joaquín Edwards Bello. Edwards Bello es de los escritores de Chile que acusan una mayor semejanza con los de aquella generación española, sin parecerse propiamente a ninguno sino a todos, en la independencia. Más joven que ellos, revierte a Chile unas semejantes inquietudes a la que ellos promovieron en España. Y no ha mucho —acaso ni él mismo lo recuerda— había dicho en uno de sus artículos, lo mismo que Azorín: «escribir es una cosa muy difícil». Cuando un escritor llega a darse cuenta de ello, es por haber llegado a una envidiable madurez en su oficio, a un sentido

máximo de responsabilidad en el uso y abuso de la palabra. No es raro que entonces su pluma se paralice. Callar como Azorín puede ser una solución muy discreta. Su ejemplo debería imponerse, si no para hacernos callar, al menos para hacernos sentir un poco humildes antes las cuartillas, para impregnarnos de un sentimiento de responsabilidad ¡Cuán vana garrulería nos ahorraríamos entonces! Y es curiosa la coyuntura en que se encuentra el mundo literario. Por una parte, lo mismo aquí que en los Estados Unidos o que en Francia, se escribe mejor que nunca: el ingenio produce milagros con la palabra, Y, por otra, muchos de los que más rimeros de papel levantan y que más vocean, olvidan incluso que escribir es, por lo menos «también», un arte. Esto lo sabía muy bien la generación del 98.